

no obstante precisa cerrar los ojos para no ver que nuestra generación no se parece á otras generaciones y que los tiempos, que hemos alcanzado, son distintos de otros tiempos.

Es ya axiomático que los tiempos cambian y con ellos nosotros. ¿Qué mucho pues, que las corrientes modernas influyan más, ó menos poderosamente sobre la generación actual? La atmósfera, que nos rodea, el aire que respiramos no pueden sernos en manera alguna indiferentes, y si las enfermedades que traen en su seno son graves, ó toman el carácter de epidémicas, entonces el poderío de esa influencia es altamente mayor y más funesta. ¡Feliz quien sabe resistirla y mantenerse firme en la vía que conduce á la verdad y la virtud! ¡feliz quien logra acomodar la vida á las leyes divinas, cuando el error alucina, ó cuando la inmoralidad rompe sus diques y se extiende por la tierra!

Cualesquiera que sean las mudanzas del tiempo y el empuje de las aberraciones humanas, la naturaleza del hombre sigue siempre la misma al través de las edades: la naturaleza de las generaciones no varía, como observa Cicerón; hay en ellas algo de común, algo de esencial, algo de indestructible, que se mantiene siempre vivo y que no arrancarán jamás los esfuerzos humanos. Quien creó al hombre, le conserva dentro de los límites, que plugo á su alta sabiduría imponerle. Lo variable es lo accidental, no la naturaleza: *chasses le naturel, il revient au galop*, os dirá un escritor francés. Lo que acontece en la variación de los tiempos es que en ocasiones aquello, que era no más que una excepción, se extiende y generaliza, que aquello mismo, que no pasaba de mero accidente, toma fuerzas y llega á imprimir carácter y que una enfermedad cobra tales bríos que constituye una verdadera epidemia de condiciones más, ó menos graves.

Es de toda verdad, Señores, que, desde que Dios impuso el primer castigo al hombre, andan en pugna constante el mal y el bien, el egoísmo y la caridad; y lo es así mismo que la Providencia en sus inexcrutables designios permite á veces que el grito de rebelión, lanzado en el Paraíso, resuene poderoso por todos los ámbitos de la tierra y que lluevan sobre ella, no las calamidades que un día sufrió Egipto, sino todas las que contenía la mitológica caja de Pandora. Entonces desaparece el potente influjo de la fe en los corazones y con él arrastra el génesis de las virtudes sociales y privadas; todo sacrificio es doloroso é insufrible; el rebajamiento se hace general; el egoísmo es patrimonio común, y las leyes de armonía social y privada producen contados modelos, que quizás no obtengan otro premio que las chanzonetas y la burla de esos espíritus fuertes, que salpican de lodo hasta lo que el mundo ofrece de más respetable y precioso.

Si la actualidad presenta, ó no alguna de esas condiciones, de seguro que no se ocultará á vuestra perspicacia y á vuestra ilustrada observación.